

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 260 Que recuerde que Dios me creó.

Comentario de Sarah:

Hoy se nos recuerda de nuevo que no es necesario buscar respuestas a la pregunta "¿Quién soy?". Seguimos preguntándonos por nuestra identidad porque nos hemos inventado un yo que no es el que somos. Estamos convencidos de que nuestra realidad es un cuerpo. Nuestros falsos autoconceptos, creencias, valores y necesidades percibidas sostienen esta falsa identidad. Las creencias que tenemos son tanto personales como culturales y están profundamente arraigadas en nosotros. De hecho, Jesús dice que han sido sobreaprendidas, por lo que se necesita mucha disciplina, un entrenamiento mental constante y mucha práctica para deshacer lo que hemos aceptado como verdadero sobre lo que somos. **"Ahora tu viejo y remachado aprendizaje se alza implacable ante la Voz de la verdad y te enseña que Sus lecciones no son verdad, que son demasiado difíciles de aprender y de entender, y que son diametralmente opuestas a lo que realmente es verdad."** (T.31.I.5.4) (ACIM OE T.31.I.5) Jesús nos dice: **"Has realizado enormes esfuerzos por conservar lo que inventaste porque no es verdad."** (T.6.V.C.10.5) (ACIM OE T.6. V.c.95) Ahora defendemos nuestra imagen, nuestro cuerpo y nuestro sistema de creencias, permaneciendo siempre vigilantes en su protección.

Podríamos elegir, en cambio, estar vigilantes en nombre de la verdad para poder recordar quiénes somos realmente. **"Tu vigilancia es señal de que quieres que Él te guíe. La vigilancia requiere esfuerzo, pero sólo hasta que aprendas que el esfuerzo en sí es innecesario."** (T.6.V.C.10.3-4) (ACIM OE T.6. V.c.95) **"Sólo esto puede eliminar la necesidad de tener que esforzarte, e invocar al Ser que tienes y que eres."** (T.6.V.C.10.7) (ACIM OE T.6.V.c.95)

Cuando reconozcamos que nos hemos equivocado, y que seguimos siendo tal y como Dios nos creó, no habrá que hacer más esfuerzos. Hasta entonces, podemos recordar que somos como el rayo de sol para el sol. El sol ha determinado la naturaleza del rayo de sol, al igual que Dios ha determinado nuestra naturaleza como pura y sin pecado. No puede ser de otra manera. Seguimos siendo parte de nuestra Fuente. (L.260.1.2) En nuestra locura, pensamos que nos hemos hecho a nosotros mismos. Lo importante es pedir ayuda al Espíritu Santo, que deshará todo lo que se interponga en el camino de nuestra verdadera Identidad, siempre que estemos dispuestos. **"Que recuerde mi Identidad."** (L.260.1.5) No hay nada por lo que expiar. La puerta del Cielo está abierta. Nunca hemos dejado nuestra Fuente. **"Las ideas no abandonan su fuente"**. (L.132.5.3) Somos una idea en la Mente de Dios.

La manera de recordar quiénes somos como Hijo de Dios es a través del perdón. Un hermano es todos los hermanos. Todos somos iguales, todos venimos de la misma Fuente. Todos compartimos los mismos intereses y la misma naturaleza del Ser Único. Si te ataco, sólo me estoy atacando a mí mismo.

El amor de Dios bendice a todos por igual. Si odio a mis hermanos o los juzgo, estoy declarando que mi voluntad es diferente a la de Dios. Pido ayuda porque quiero ver quién es realmente mi hermano y conocer mi propia identidad.

La curación de la separación pasa por la curación de nuestras relaciones. **“¡Que la paz sea con vuestra relación santa, la cual tiene el poder de conservar intacta la unidad del Hijo de Dios!”** (T.20.V.2.5) (ACIM OE T.20.VI.38) Jesús continúa diciendo que nuestra curación radica en reconocer nuestra voluntad conjunta. Cuando reconocemos nuestra única necesidad, que es despertar de este sueño, reconocemos nuestra igualdad. Nuestras diferencias sólo parecen ocultar el objetivo que todos compartimos. Es al perdonar a nuestros hermanos que encontramos nuestra verdadera identidad. **“Ahora recordamos nuestra Fuente, y en Ella encontramos por fin nuestra verdadera Identidad”**. (L.260.2.1)

En cada situación que parece traer angustia, dolor, dificultad, conflicto o confusión, hay un regalo de gracia y liberación. Al llevar el problema a la única solución, la gracia de Dios llega a nuestra conciencia. Así, cada problema aparente puede traer un regalo cuando nos abstenemos de tratar de resolverlo independientemente del Espíritu Santo. Cuando miramos cada asunto de nuestra vida sin juzgarlo, estamos mirando con Jesús en vez de con el ego. Cuando estamos dispuestos a estar indefensos al investigar nuestros miedos y permitir que el Espíritu Santo los reinterprete por nosotros, la gracia resplandece. Merece la pena el esfuerzo de dedicar el tiempo y la disciplina que requiere bajar nuestras defensas para que el amor pueda entrar. Cuando establecemos defensas para no sentir nuestro dolor y malestar, nos estamos defendiendo del Amor de Dios.

“Padre, yo no me creé a mí mismo, aunque en mi demencia creí que así había sido. No obstante, en cuanto que Pensamiento Tuyo, no he abandonado mi Fuente y sigo siendo parte de Aquel que me creó.” (L.260.1.12) No somos nuestro pasado, nuestros errores, nuestra educación o las historias que contamos sobre nuestras vidas. Somos seres asombrosos y gloriosos creados por el Amor, y a través del perdón, vemos que todos son iguales y llegamos a conocer a nuestros hermanos como nuestro Ser. **“Y nosotros que somos Sus Hijos, somos semejantes los unos a los otros, y semejantes a Él.”** (L.260.2.3)

Hoy he oído hablar de un hombre que estaba escalando una montaña en Jasper y se vio en apuros y sintió que no podía seguir. Se había herido, parecía estar fuera de su alcance y no estaba seguro de su paradero. En medio de su miedo y su dolor, no dejaba de recordarse a sí mismo que era invulnerable, creado por Dios, no su cuerpo, pero seguro y protegido. Eso le dio fortaleza, valor y esperanza. Cuando llevamos nuestros miedos a la verdad en cada circunstancia, nuestra mente vuelve a la paz, que es nuestro estado natural. Al liberar nuestros miedos y recordarnos la verdad, encontramos la paz en medio de la confusión, ya sea escalando una montaña en circunstancias peligrosas o en medio de un conflicto con nuestra pareja. Recordar la verdad nos sacará del miedo, de la bronca, de las rabietas y de nuestra necesidad de tener razón. ¿Es fácil? No lo es. Sin embargo, esto es sólo porque lo hacemos difícil; pero cuando nos rendimos y nos comprometemos con la paz, el camino a través de cualquier circunstancia está siempre disponible para nosotros.

Para que esta lección cobre vida en nuestras mentes, debemos recordar que no nos hicimos a nosotros mismos, sino que somos un Pensamiento en la mente de Dios. Sin embargo, sentimos que hemos dado forma a nuestra identidad, y creemos que podemos seguir dándole forma con nuestras acciones, valores y creencias. Evaluamos cómo nos responde el mundo, lo que también determina lo que pensamos de nosotros mismos. Tenemos una identidad que pensamos que hemos hecho, y ahora nos

comparamos con los demás para ver si somos más o menos especiales. Tanto si hacemos daño a los demás como si realizamos buenas acciones, nuestra identidad parece cambiar constantemente. Sin embargo, la verdad de lo que somos está más allá de todos nuestros actos y acciones. No somos una pizarra en blanco al nacer, moldeada por los acontecimientos de nuestra vida. Hemos elegido estar aquí y vivir un guión elegido por la mente, al igual que los personajes que aparecen en nuestro sueño. Los acontecimientos que parecen dolorosos para el ego pueden ser nuestros más poderosos motivadores para buscar otro camino y, por lo tanto, son gozosos para el Espíritu.

Lo que encuentro útil con esta práctica hoy en día es no sólo tratar de ponerme en contacto con la verdad de mi Identidad como un Pensamiento completo y perfecto en la Mente de Dios, sino que a lo largo del día, cuando surgen sentimientos dolorosos o pensamientos de auto-ataque, rezar: ***“Que recuerde que Tú me creaste. Que recuerde mi Identidad.”*** (L.260.1.4-5) Es un buen antídoto contra los pensamientos de culpa, desesperación y depresión. Cuando he hecho algo que me ataca y me siento mal conmigo mismo, puedo mirar esos sentimientos y llevarlos al Espíritu Santo, recordando de nuevo la verdad de lo que soy. No podemos cambiarnos a nosotros mismos. No nos hemos hecho a nosotros mismos. Somos la creación de Dios - un Pensamiento en Su Mente - totalmente puro y magnífico. Sí, en la ilusión, hay cosas que hemos hecho en las que sentimos vergüenza, culpa e indignidad. Todo ello forma parte de la historia ilusoria de nuestras vidas y de los secretos que guardamos en la oscuridad y que debemos sacar a la luz. Entonces podemos tener una experiencia de la creación ilimitada, completa, santa, hermosa, radiante y pura de Dios que somos. En el instante santo vislumbramos nuestra naturaleza eterna hasta que se convierte en todo lo que hay.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca